



# EDITORIAL

Este número de *Idelcoop* se fue construyendo en un escenario coyuntural complejo y dinámico. En la última parte del año se produjeron distintas novedades, muchas de las cuales están siendo reflejadas en el contenido del número que estamos presentando.

En nuestro país acontecieron hechos políticos de relevancia: las elecciones Primarias, Abiertas, Obligatorias y Simultáneas, seguidas en octubre por las legislativas que no alteraron en lo sustancial el mapa de ambas Cámaras.

Pero un dato que sí expresa una modificación significativa en el estado de cosas –en el plano nacional– es la definición de la Corte Suprema de Justicia declarando la constitucionalidad de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual cerrando un ciclo de cuatro años de atropello a la voluntad popular expresada por los poderes Ejecutivo y Legislativo. Ahora sí los tres poderes del Estado pusieron coto a las presiones antidemocráticas de los poderes fácticos. Esta sí ha sido, sin dudas, una valiosa conquista de la democracia.

El escenario que se abre hasta 2015 será parte de una disputa que adquiere nivel continental en la medida en que son los actuales gobiernos de Argentina, Venezuela, Brasil, Bolivia, Uruguay, Ecuador, Nicaragua –entre otros- quienes vienen impulsando un inédito proceso de integración regional.

La creación de la Alianza para el Pacífico –promovida por EEUU y constituida por los gobiernos de Chile, Perú, Colombia, México y Panamá- tiene como objetivo inconfesable obstaculizar el proceso de unidad y generar un contrapeso de derechas en el actual escenario regional. Las oposiciones vernáculas han sostenido un discurso construido por los poderes mediáticos, y entre las directrices se vislumbra la descalificación de procesos de transformación profunda. Venezuela aparece como el paradigma del mal ejemplo, y tras esas descalificaciones se esconde la voluntad de quebrar el proceso que alumbró el siglo XXI, que recuperó el ideario de Patria Grande.

En un mundo signado por una verdadera batalla de proyectos sociales, el neoliberal-conservadurismo mantiene su hegemonía en la vieja Europa y aplica las mismas políticas que en nuestros países sembraron desigualdad, injusticia y violencia.

Es en este mundo donde se libran batallas por el sentido, la aplicación de políticas públicas diversas y relaciones de fuerzas sociales, económicas y culturales que pugnan desde valores antagónicos.

De un lado, la exacerbación del individualismo; el impulso de la competencia; la justificación reivindicadora de la desigualdad; la lógica del lucro sustentando la acción social con su contrapartida devastadora tanto en la profundización de la injusticia social como en la depredación de la naturaleza.

En ese marco, el posicionamiento del Cooperativismo como movimiento social es materia de controversia, fraternal y a la vez muy profunda. Inevitablemente, toda construcción colectiva que se despliega bajo concepciones democráticas es atravesada por el conflicto en torno a los diversos puntos de vista que conviven y enriquecen la vida del propio Movimiento.

En los últimos números hemos convertido esta publicación en el escenario donde se expusieron y analizaron dos concepciones distintas que coexisten en la Alianza Cooperativa Internacional. Una, hegemónica, que sostiene que el Cooperativismo es apenas una rueda de auxilio para aliviar los dislates del capitalismo, cuyo agotamiento se va revelando en las crecientes catástrofes sociales y ecológicas. La actual predominancia del capitalismo de casino no puede sino generar trágicas consecuencias que pagan los más humildes. Algunos de esos efectos atraviesan al conjunto de las clases, como la desertificación de las tie-

rras, la contaminación de amplios territorios o el incremento de la violencia. Un mundo organizado en torno a la explotación y la opresión, unas relaciones sociales que provocan amplios niveles de exclusión social, la negación del derecho a ser de los más, constituyen verdaderos motores de la violencia social. Quien no comprenda estas relaciones va a cometer un error teórico, un desacierto político y a justificar un nuevo recetario represivo que multiplicará la violencia social. Suponer que las cooperativas deben constituir un bálsamo sin atacar las causas profundas de esta verdadera crisis orgánica del orden es un punto de vista, tal vez el que institucionalmente más adeptos tiene, pero a nuestro juicio enteramente ineficaz para atacar las causas de los problemas y promover soluciones efectivas. Soluciones que pasan, en síntesis, por la transformación de las actuales estructuras y relaciones reemplazándolas por otras que impulsen la justicia, o, dicho de otro modo: la redistribución de bienes materiales y simbólicos, el reconocimiento de las diversas identidades y culturas y la participación activa de todos y todas las afectadas por las decisiones que se toman.

Del otro lado, viene cobrando impulso un Cooperativismo transformador. De ese afluente –que integra el IMFC y sus cooperativas asociadas– se presentan en este número textos que manifiestan una rica variedad de perspectivas. El artículo que toma la intervención de Carlos Heller en el Primer Congreso de Responsabilidad Social, o las reflexiones de Ángel Petriella sobre el Cooperativismo transformador echan más luz sobre estas cuestiones doctrinarias.

En esta oportunidad, elegimos recuperar un artículo de Jacobo Laks –publicado originalmente en 1988 nuestra Revista– en el que, luego de analizar la situación del Movimiento Cooperativo mundial, expone los aportes conceptuales del IMFC a la revisión de los valores básicos de la cooperación a considerarse en el 39º Congreso de la Alianza Cooperativa Internacional. También se incorpora el pronunciamiento del IMFC a través de un documento presentado en el evento. El tema resulta bien interesante en la medida en que evidencia que nuestro movimiento tuvo siempre una posición coherente. Por su parte, lo cierto es que la asunción de un innegociable posicionamiento ético-político –y desde aquí, doctrinario– fue para el IMFC una definición principista.

También en este plano tenemos una noticia para enorgullecernos. En la Asamblea de la ACI fue electo para integrar el “Board” el presidente de Cooperar, Ariel Guarco. Por primera vez en la historia de la ACI se habilitó para ese mismo ámbito de gobierno una representación a los jóvenes, con voz y voto. La persona propuesta y votada para ocupar este lugar ha sido Gabriela Buffa, expresión de los jóvenes de nuestro movimiento y con una activa participación en el Consejo del IMFC y en Idelcoop como parte de su equipo de Dirección.

Si esta discusión alrededor de la posibilidad de un orden humanista es el objeto de nuestros afanes, otra iniciativa merece ser aquí destacada: nuestro Centro Cultural de la Cooperación ha producido un documental sobre la vida y la muerte de Carlos Fuentealba. Este homenaje por memoria, verdad y justicia se concreta con una entrevista a Sandra Rodríguez –compañera de Carlos Fuentealba- y a Pablo Grisón, secretario adjunto de ATEN en el momento del asesinato del maestro y posteriores años de lucha contra la impunidad. Entregamos, además, el DVD para que pueda ser analizado, reflexionado y debatido.

En este número las demás secciones se han enriquecido con múltiples aportes en materia de reflexiones y debates así como experiencias valiosas.

Esperamos contribuir, con esta nueva edición, a la eficaz difusión de las ideas que denuncian un mundo injusto y anuncian, más temprano que tarde, la creación de realidades de justicia e igualdad, de democracia y solidaridad. En todo ello, el Cooperativismo tiene mucho que decir.

---